



PRESIDENCIA
DEL GOBIERNO

SECRETARÍA DE ESTADO DE COMUNICACIÓN

TRANSCRIPCIÓN

**INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO EN FUNCIONES,
PEDRO SÁNCHEZ, EN 'LOS DESAYUNOS DEL ATENEO'**

Ateneo de Madrid, 4 de septiembre de 2023



COMPARECENCIA DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO EN FUNCIONES

Muchas gracias, querido Luis. Presidente, socios y socias del Ateneo, autoridades, señoras y señores, en primer lugar, me gustaría felicitar esta iniciativa del Ateneo para con estos desayunos, también contribuir al debate público que necesita nuestro país, sobre todo en estos tiempos.

Evidentemente, mis primeras palabras de hoy me gustaría que fueran para agradecer el trabajo de todos los servidores y servidoras públicos que están trabajando en las zonas más afectadas por la DANA, que está atravesando nuestro país. También me gustaría hacer, como consecuencia de ello, un llamamiento a las ciudadanas y los ciudadanos para que sigan actuando con precaución.

Y dicho esto, paso al motivo de esta conferencia, de este desayuno. Y empezaré por lo más evidente, por lo más obvio, y es que, el pasado 23 de julio España, votó en libertad y lo hizo además de forma masiva, con la segunda mayor tasa de participación electoral de la última década. Triunfó en consecuencia, la responsabilidad democrática sobre la apatía; triunfó la convivencia; triunfó la confianza sobre quienes sembraron en esa cita teorías conspiranoicas, al más puro estilo trumpista, que estamos, por desgracia, viendo también en nuestro país.

Pero, sobre todo, triunfó el progreso frente al retroceso. Porque, y esto es lo que me gustaría en estas primeras palabras trasladarles, es que no debemos olvidar que, si durante aquellos días de julio el mundo entero miró a nuestro país, a España, fue en parte porque aquí se estaba librando una disputa ideológica, una batalla crucial, que también se está dando a nivel global y que empezó hace décadas y que ahora mismo, por desgracia, se está recrudeciendo.

Y esta disputa, como digo, entre dos formas de ver el mundo. Y lo cierto es que, desde hace un tiempo, si analizamos esa disputa, lo que vemos es que las fuerzas reaccionarias, por desgracia, se venían cobrando distintas victorias, sobre todo, en nuestro continente, en Europa. Solo en la última década, el apoyo electoral a partidos de ultraderecha en nuestro continente se ha duplicado. Sus partidos forman parte hoy de cinco gobiernos nacionales, de cientos de gobiernos regionales y también de gobiernos municipales, a lo largo y ancho de la Unión Europea.

Y, en todos los lugares donde esto ha sucedido, fundamentalmente ha sido gracias al apoyo de una derecha, que ha abrazado las formas, los discursos y las políticas de la ultraderecha. El avance reaccionario o, si lo prefieren, la ola reaccionaria parecía, por tanto, imparable, y se dirigía también a nuestro país, a España.

Nuestro país no era, por cierto, una pieza menor, en esta contienda. Somos la cuarta economía europea, un país además reconocido por haber abanderado conquistas sociales, nuevas libertades, derechos civiles, el avance rotundo del feminismo -como hemos visto durante estas últimas semanas-, la dignidad salarial y laboral, con esos acuerdos que hemos logrado con los agentes sociales, una perspectiva humanista de



la transición digital y evidentemente también nuestro compromiso rotundo e inequívoco con la transición ecológica.

Por tanto, no éramos una pieza menor y, en consecuencia, el resultado de esas elecciones en España iba a trascender nuestras fronteras y evidentemente iban a afectar al equilibrio de poderes dentro de la Unión Europea. Era aquí, en consecuencia, en nuestro país, donde las fuerzas reaccionarias podían cobrarse una pieza de enorme valor.

Y ha sido aquí, en España, donde han fracasado. España ha sido el dique que ha frenado ese avance reaccionario. Y hoy nuestro país es un referente, si uno tiene la molestia de mirar algunos medios de comunicación o también de poder hablar con líderes o con opinadores extranjeros. Es un referente, como he dicho, para quienes creen en el progreso. Creo que, además, la sociedad española ha demostrado que el avance de la ultraderecha y de sus socios de la derecha no es inevitable. Que, aunque resulte difícil, porque evidentemente tiene muchos medios -lo estamos viendo-, es posible derrotar a quienes están dispuestos a todo, incluso como hemos visto durante estos últimos años y durante la campaña electoral, al uso de la mentira y del miedo para hacerse con el poder.

La mayoría social de nuestro país, si ha dejado claro algo, es que las sociedades democráticas pueden defenderse a sí mismas y han sentenciado algo que debería ser obvio para todas y para todos. Y es que la simple destrucción de una labor de gobierno no puede constituir por sí mismo un proyecto político. Y, por tanto, frente a un proyecto que únicamente pretendía eso, derogar, dismantelar, hacer retroceder a la sociedad española en las conquistas que hemos logrado durante estas últimas décadas, la mayoría social de españoles y españolas apostaron por la responsabilidad de seguir construyendo, de avanzar juntos, de gestionar de manera democrática nuestras diferencias, apostando por el progreso y por la convivencia.

El progreso y la convivencia, señoras y señores, a mí me parece que van a ser los dos ejes que justifican la legislatura de los próximos cuatro años. Y, evidentemente, las fuerzas derogatorias, lo que hicieron fue eso, movilizar todos sus recursos para ganar el pasado 23 de julio. Mentiras a raudales, manipulación sin frenos, maldades sin límites.

E, insisto, perdieron. Y hago hincapié en esta idea, porque siempre he pensado que una de las grandes asignaturas pendientes de nuestro país es empezar a vernos a nosotros mismos como nos ven desde fuera. De vernos como lo que realmente somos, un país admirable en muchos terrenos, desde luego, el fútbol; el deporte, lo acabamos de ver también hace poco en la selección española femenina de fútbol; en la innovación; en la ciencia; en la cultura. Pero también, y además me parece que es importante subrayarlo aquí en el Ateneo, en el civismo y en la democracia.

Lo hemos visto, como he dicho antes, estos días, con la selección femenina de fútbol que es, recordemos, campeona del mundo. Esto es lo más importante: son campeonas del mundo. Mucha gente se pregunta, mucha gente se pregunta, y



además lo hace con razón, qué efecto habrá tenido toda esta polémica en nuestra imagen exterior, lo que muchos denominan la marca España.

Y me gustaría desarrollar esta reflexión porque evidentemente, por desgracia, los abusos, los atropellos los hay en todos los países del mundo y en todos los sectores. En el cine, lo estamos viendo, en la cultura, en el fútbol.. En todo tipo de trabajo, en todo tipo de sectores, por desgracia estamos viendo, sufriendo esos abusos y esos atropellos. Pero lo que ha demostrado España, lo que a mi juicio representa la marca España, es la fenomenal reacción de las jugadoras de la selección femenina y, sobre todo, la descomunal reacción de la sociedad española, que ha dicho “Se acabó”. Se acabó con todas las consecuencias, empezando por los responsables de los abusos, que no nos representan y nos abochornan a la inmensa mayoría de españoles y españolas.

Evidentemente, nos queda muchísimo por hacer. Recuerdo además unas palabras de la ministra de Defensa, de Carme Chacón, que decía que cuando una mujer avanza, toda la sociedad avanza. También los hombres, evidentemente, avanzamos con ellas y, como decía antes, queda mucho por hacer y lo vamos a hacer juntas y juntos, mujeres y hombres. Por tanto, por mucho que se resista, el machismo tiene las horas contadas.

Como les decía, señoras y señores, España es uno de los países más tolerantes, abiertos y ecologistas del mundo. Esto no lo digo yo, lo dicen los rankings internacionales. Y tiene uno de los sistemas democráticos más plenos, a pesar de nuestra relativa juventud respecto a otras sociedades democráticas.

Las derechas han intentado convencernos de que la pluralidad parlamentaria, de que las coaliciones de Gobierno -evidentemente no las suyas, las que tienen con la ultraderecha-, que los acuerdos son signo de debilidad institucional, de cesiones, de chantajes, de concesiones inaceptables; cuando en realidad es todo lo contrario: son muestras de solidez, de madurez en muchas de las naciones más consolidadas del mundo.

Si uno echa la vista a todos los gobiernos o la práctica totalidad de los gobiernos que hay en Europa son gobiernos de coalición. Desde Alemania a Finlandia hay prácticamente en la totalidad de gobiernos europeos, gobiernos de coalición. Además, esto es una parte intrínseca de nuestro propio sistema político, ampliamente reconocido en nuestra Constitución.

Una Constitución sobre la que los diputados de las derechas -lo hemos visto, verdad presidenta, hace pocas semanas, el pasado 17 de agosto- juran con solemnidad y ortodoxia sus cargos, pero luego ignoran cuando, por ejemplo, denigran el método de elección del presidente o se niegan desde -esperen que cuente- hace 1.732 días a renovar el Poder Judicial, el Consejo General del Poder Judicial. Un bloqueo que no es algo abstracto y ajeno al devenir del día a día de nuestros ciudadanos, porque está



afectando directamente en forma de costes económicos, de retrasos en sus trámites, también en los procesos, por la imposibilidad de cubrir destinos judiciales y en el relevo también de los magistrados que acceden legítimamente a su jubilación.

Por tanto, a mi juicio, el Partido Popular y Vox pueden proferir los exabruptos que quieran, pero lo cierto es que la democracia española es robusta, es modélica y ha hablado con claridad y ha dicho no a la propuesta derogatoria de los señores Feijóo y Abascal.

Una propuesta articulada por dos partidos que, además, lo acabamos de ver hace escasos días, a lo largo de estos meses, después del pasado 28 de mayo, no han dudado ni un segundo en unir fuerzas y votos allí donde podían sumar, sumar sin vacilar, sin preguntarse quién era o no la fuerza más votada, sin reparar en el precio a pagar, ni pensar en las víctimas sociales de sus alianzas y de sus programas de Gobierno, haciendo vergonzosas concesiones para censurar, por ejemplo, la cultura -lo acabamos de ver en el Gobierno regional de La Rioja, que ha quitado el nombre de Almudena Grandes de una de sus principales bibliotecas-. También poniendo en cuestión la violencia de género, elevando a machistas, a negacionistas climáticos y a antivacunas a altas responsabilidades en instituciones autonómicas y locales a lo largo y ancho de nuestro país.

Pues bien, la mayoría social de nuestro país les ha cerrado el paso negándoles la posibilidad de gobernar España. Y yo creo que además esto debió quedarles claro al Partido Popular y a Vox la misma noche del pasado 23 de julio. Y debió, además, quedarles aún más claro el pasado 17 de agosto con la Mesa de la Presidencia y también de la Mesa del Congreso de los Diputados.

No lo entendieron ni a la primera ni a la segunda vez. Así que, como dice el dicho, tendrá que ser a la tercera: tendrá que ser el 29 de septiembre, cuando el señor Feijóo y Abascal se den cuenta y de bruces contra la realidad. Una realidad que se resume en dos hechos que cualquier persona ya puede contrastar.

El primero es que el Partido Popular no tiene los votos, no los tiene. Y el segundo es que su socio exclusivo, Vox, está exactamente en las antípodas de lo que hoy es España: un país descentralizado que está viendo cómo en los gobiernos autonómicos están poniendo a fuerzas políticas, como es Vox, anti autonomistas.

Un país abierto, moderno, solidario y plural, un país feminista y también europeísta. Un país cuya principal causa es acabar con la desigualdad. Un país verde comprometido con la lucha contra el cambio climático y también contra las consecuencias de ese cambio climático -lo estamos viendo en buena parte del sur de España, con la sequía que estamos atravesando- y, evidentemente, también con nuestro compromiso en el bienestar de las generaciones futuras. Es un país, en definitiva, que quiere avanzar y que no quiere retroceder porque sabe que, si hacemos las cosas bien, los mejores días de nuestro país están aún por venir.



España, señoras y señores, lo saben ustedes bien, es una de las economías más desarrolladas del mundo. Ostentamos la presidencia rotatoria del Consejo de la Unión Europea y en unas semanas vamos a participar en la reunión del G20 en La India y en la Asamblea General de Naciones Unidas.

Y es verdad que seguimos sintiendo las consecuencias de una guerra en Ucrania, en la frontera oriental de Europa y, en consecuencia, sigue habiendo precios elevados. Y es verdad también que en nuestro país persisten problemas crónicos, por ejemplo, el acceso a la vivienda de millones de ciudadanos y ciudadanas y en particular de los jóvenes. Y es cierto también que existen enormes dificultades para encontrar un empleo de calidad y remunerado satisfactoriamente.

En definitiva, España no es una Arcadia feliz. Hay muchos españoles y españolas que sufren el flagelo de la necesidad y la carencia. Sigue habiendo mucho trabajo por hacer y, francamente, nuestro país no está para ocurrencias, si me permiten la expresión, porque eso es lo que escuché la semana pasada del candidato de la derecha: una ocurrencia.

El mandato constitucional de un Gobierno en un país, nada más y nada menos que de 48 millones de habitantes, no puede dividirse en dos como si fuera una tarta. Solo quien no tiene un proyecto es capaz de plantear una excentricidad semejante: gobernar dos años y luego ya veremos.

Habrà, estoy convencido, más excentricidades, me temo, a lo largo de las próximas semanas, de estos casi 22 días de la marmota que vamos a tener hasta la investidura fallida del señor Feijóo, si me permiten el tono coloquial, y todas esas excentricidades tendrán una constante: la obstinación y la ambición de una sola persona más preocupada por mantener su puesto en un partido que por hacer algo útil para la vida de los ciudadanos y las ciudadanas.

Someter, a mi juicio, al país a un tiempo estéril de parálisis, de inacción por intereses puramente partidistas, no es, desde luego, una actitud responsable. Pero aún peor, es convertir la frustración personal que es legítima y comprensible del señor Feijóo en un bloqueo colectivo e institucional.

El mundo, como saben, está cambiando a un ritmo acelerado. España tiene que seguir cambiando con él. Debemos modernizarnos, debemos adaptarnos, debemos seguir mejorando.

No es momento, por tanto, de inventar relatos, sino de seguir construyendo realidades. Y para hacerlo creo que es necesario contar con aquello de lo que carece la derecha, y es un proyecto de país.



Porque nosotros sí tenemos un proyecto para España, un proyecto claro, concreto, ambicioso, que venimos diseñando y explicando abiertamente desde el inicio de la pasada legislatura, con documentos públicos contruidos de la mano de expertos de la sociedad civil accesibles al conjunto de la ciudadanía.

Un proyecto basado en la Ciencia, también en los valores que representan a las fuerzas progresistas que lo componen y, lógicamente, que da respuesta a las necesidades y a las demandas de la mayoría social de nuestro país.

Un proyecto que mira a los próximos meses, porque tenemos que gestionar el día a día de nuestros conciudadanos, pero también a las próximas décadas y que las une en una estrategia coherente que ha sido avalada, hasta incluso refrendada, por la propia Comisión Europea.

Un proyecto basado en el progreso y en la convivencia, como he dicho antes. Que cuenta con el respaldo de la mayoría social de nuestro país en las políticas, como pueda ser la revalorización de las pensiones, el salario mínimo interprofesional, el refuerzo del Estado del bienestar.

Este proyecto no es solo una idea. Es una realidad que ya está en marcha y por tanto no partimos de cero.

España es hoy un país en movimiento, imparable, en un proceso de modernización material e inmaterial que ya arrancó durante la pasada legislatura y no precisamente en un contexto sencillo, todos lo recordamos.

En los últimos años, el gobierno progresista tuvo que enfrentarse a durísimas pruebas como la pandemia, como los desastres naturales y, evidentemente también, las devastadoras consecuencias de la invasión rusa de Ucrania.

Y con mucha dificultad y por desgracia, con poco apoyo por parte de la oposición, los hemos ido superando una tras otra.

Pero no por atender lo urgente, y esto es lo que me gustaría compartir con ustedes, estamos dejando de trabajar en lo importante. Y al mismo tiempo que estamos gestionando la coyuntura, cultivamos el futuro acometiendo las reformas, las transformaciones estructurales que nuestro país venía demandando y necesitando desde hace décadas.

Y ahí están los datos. Los datos demuestran que, pese a que todavía queda muchísimo trabajo por hacer, que hay muchas desigualdades que reducir, la mayoría de las transformaciones y reformas que hemos impulsado a lo largo de estos últimos años, están funcionando y que están beneficiando al grueso de la población. Porque el grueso de la población las está apoyando.

Hoy mismo hemos conocido que en los últimos 12 meses hemos crecido en 555.500 afiliados y afiliadas a la Seguridad Social. España crece más que ninguna otra gran



economía de la zona euro. Tenemos una de las inflaciones más bajas de Europa. Tenemos uno de los datos de empleo récord mientras disfrutamos algo muy preciado en estos tiempos de tribulación como es la paz social. Hemos registrado unas cifras récord de turismo, en particular del turismo internacional.

Somos un país líder en la ejecución de los fondos europeos. Y hemos hecho inmensos progresos en esa doble transición ecológica y digital que lógicamente está explicando buena parte de la prosperidad y el progreso de los ciudadanos.

Y somos uno de los países del mundo que más avanza en derechos y que cada vez estamos más cerca, aunque aún todavía queda mucho por hacer, de cerrar la brecha de género.

Naturalmente, como he dicho, queda muchísimo trabajo por delante. Aún quedan problemas por resolver, nuevas cotas de bienestar que conquistar.

Por eso es tan importante que España forme cuanto antes un gobierno. Y que ese gobierno sea estable, que continúe la senda de progreso que hemos transitado durante estos últimos años.

Y si me permiten resumirlo, con seis prioridades claras.

La primera debe ser la de seguir modernizando nuestra economía. La de seguir también consolidando los sistemas formativos para que ofrezcan mejores oportunidades y mejores empleos a nuestros ciudadanos y ciudadanas y en particular a nuestros jóvenes. Para ello es necesario continuar desplegando los fondos europeos continuar industrializando España todas y cada una de sus regiones, todos y cada uno de los territorios. Consolidar, como he dicho antes, las grandes reformas educativas emprendidas.

En segundo lugar, tenemos que seguir impulsando la transición ecológica, para mitigar, para adaptarnos, para frenar en definitiva el avance del cambio climático, para adaptar nuestros municipios, nuestros campos. El sector agroalimentario lo está sufriendo con particular intensidad, los espacios naturales a las transformaciones medioambientales que vienen o que ya están entre nosotros, como ha quedado claro, por desgracia, un verano más, uno de los más calurosos y secos de nuestra historia.

En tercer lugar, tenemos que seguir modernizando y reforzando nuestros servicios públicos. Nuestro país es un país, por desgracia, profundamente desigual. Tenemos que conseguir reducir las listas de espera, ampliar la cartera de prestaciones, mejorar las condiciones de los trabajadores y trabajadoras públicos.

Empezando por la mayor fuente de desigualdad que es el acceso a la vivienda y, por tanto, en el acceso a la vivienda lo que tenemos que hacer es convertirlo en un nuevo pilar del Estado del Bienestar y esa va a ser una de las principales causas para la próxima legislatura.



La cuarta, tiene que ser el volver a poner en marcha el ascensor social. Para garantizar la igualdad de oportunidades, para recompensar el esfuerzo y en particular el de nuestros jóvenes. Son nuestros jóvenes los que en buena medida también ponen en cuestión el que el mérito sea ese motor para el progreso y para sacar adelante en buena medida sus potencialidades a lo largo de la vida.

En quinto lugar, debemos seguir impulsando la igualdad real y efectiva entre hombres y mujeres. Debemos seguir protegiendo los derechos y las libertades de las mujeres, también de colectivos como el colectivo LGTBI.

Debemos también garantizar la libertad creativa de nuestros creadores y creadoras culturales frente a los envites -desgraciadamente es así- de una derecha reaccionaria, nostálgica de un pasado oscuro. Un pasado en el que no se reconocían los derechos de las mujeres -como bien antes ha atestiguado el presidente del Ateneo-, en que se condenaba la libertad sexual o se censuraba, como por desgracia estamos viendo.

Y, por último, pero tan importante como las anteriores, tenemos que seguir velando por la convivencia entre territorios y las personas, defendiendo, en consecuencia, esa España plural, dejando atrás un pasado de trincheras y de barricadas dialécticas. Eso es lo que hemos hecho durante estos años: tomar medidas valientes, arriesgadas en algunas ocasiones, también incomprendidas por parte de la sociedad española, pero lo hemos hecho con un fin noble y que necesita nuestro país y es continuar avanzando en la solución de la grave fractura que heredamos en Cataluña. Por tanto, apostar por el diálogo y también por la concordia son la mejor solución a esta crisis. Una solución que es plenamente constitucional, que ha funcionado porque Cataluña está infinitamente mejor hoy que hace un lustro. Y, por tanto, llega el momento de ser coherentes y de seguir avanzando en ese propósito por la convivencia. Por tanto, la próxima legislatura debe ser la que deje atrás definitivamente la fractura que vivimos en el año 2017.

Y si estos últimos años han servido para iniciar la etapa del reencuentro y de la concordia, los próximos años serán los que consoliden la cohesión territorial y garanticen la convivencia en democracia. Por tanto, no podemos repetir los errores del pasado. Es el momento de la política, de pasar página, de aprender de esos errores y de mirar hacia un futuro de convivencia. El momento de volver a la vía que nunca se debió abandonar -si me permiten-. Es el momento de ser coherentes y de seguir avanzando, como he dicho antes, en la convivencia.

El nuestro, señoras y señores, el nuestro es un proyecto que respalda sin fisuras la Constitución democrática y que aboga inequívocamente por una comunidad de ciudadanas y de ciudadanos libres e iguales en derechos y deberes, que acuerdan convivir juntos bajo las mismas normas. Un proyecto común que se basa en el respeto, en el sentimiento y en algo muy importante que debemos poner en valor también en la política, y es el afecto. El afecto que defiende la unión de todos los españoles y españolas como un proyecto común y que asume la diversidad territorial, la pluralidad lingüística, también la cultural, con orgullo, como parte de la fuerza de nuestro país. Esa es, y no otra, la idea que tenemos de España.



En fin, señoras y señores, estas han sido nuestras prioridades durante la pasada legislatura. Lo saben bien. Lo van a ser de nuevo cuando volvamos a formar gobierno. Prioridades que podemos sintetizar, como he dicho al principio de mi intervención, en dos ideas que es el progreso y la convivencia. Honestamente, queridos ateístas, no puedo decirles exactamente cuándo va a ocurrir eso, porque no depende de mí exclusivamente. Lo que sí que puedo garantizarles es que voy a luchar con todas mis fuerzas para hacerlo posible.

Hacer posible una España que apueste por la convivencia, como he dicho antes, que pague salarios dignos a sus trabajadoras y trabajadores, que reconozca y dignifique las pensiones de nuestros jubilados, que apueste por la reindustrialización y, por tanto, por la diversificación de los motores de crecimiento económico en nuestro país. Que defienda el derecho a la sanidad y a la educación pública, que prefiera el diálogo antes que la confrontación, que vele por el medio ambiente. En definitiva, esta España que el mundo admira y que seguirá con paso firme hacia delante.

Por eso hoy quiero reafirmar ante ustedes mi absoluto compromiso con el proyecto progresista, reformista y europeísta que nos ha traído hasta aquí. Y mi firme compromiso es darle continuidad en esta nueva legislatura. Y lo haré sin dilación, tan pronto como se consuma este tiempo de espera inútil con el que, por desgracia, el señor Feijóo ha decidido entretener a la sociedad española, aprovechándose - además- de un mecanismo constitucional que él mismo ha criticado.

Todos somos perfectamente conscientes de la dificultad del reto al que nos enfrentamos. La tarea de acordar y de investir un nuevo gobierno va a ser compleja y exigente. Por eso me gustaría aprovechar la ocasión para agradecer algo muy importante de antemano a todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria: la altura de Estado que están demostrando en su voluntad de negociar y entenderse con el Partido Socialista y también con Sumar. Son muchas las cosas que separan al Partido Socialista de esas fuerzas políticas, pero son también otras muchas las que nos unen. Nos une, por ejemplo, la convicción de que España puede crecer con justicia social, de que el diálogo es más eficaz que el enfrentamiento; que cuando hay voluntad, voluntad de entenderse quiero decir, la pluralidad puede significar, además de prosperidad, de avance y de riqueza, algo muy importante: estabilidad.

A lo largo de la pasada legislatura creo que, además, hemos demostrado que cuando España no está enfrascada en conflictos internos, nuestro país puede ser una voz respetada e influyente en Europa y en el mundo, y que puede liderar muchas de las grandes transformaciones de nuestro tiempo en la igualdad y en lo medioambiental, en lo científico, en lo tecnológico, en lo cultural y en lo educativo.

Ahora, por tanto, toca demostrarlo cuatro años más, consolidar las reformas acometidas, que han sido muchas y muy importantes, y recoger sus frutos, no para el partido político que yo represento, sino para el conjunto de nuestros ciudadanos y ciudadanas que, evidentemente, se lo merecen. Se merecen más poder adquisitivo,



más oportunidades, mejores servicios públicos, más derechos y más libertades. Y ahí está mi compromiso, nuestro compromiso. Mi compromiso, nuestro compromiso es continuar con esa labor y, para ello, solicitaré el respaldo de los representantes parlamentarios en cuanto el jefe del Estado me lo encargue. Y lo haré, señoras y señores, con humildad y con el reconocimiento de que ninguna fuerza política puede hoy gobernar sola. Lo haré desde la confianza plena en que el acuerdo se puede, se debe y se va a alcanzar.

Así que confío en que España contará pronto con un nuevo gobierno progresista que seguirá aportando prosperidad, estabilidad, convivencia, y que seguirá encarando el futuro como debe hacerse: sin temor, con ambición, porque este es un país muy ambicioso y, también, con audacia.

Nada más y muchas gracias.